

En el Piamonte se concentraron los patriotas mas exaltados en Génova, donde formaron con jornaleros del puerto, con aventureros y hasta con criminales una fuerza armada y proclamaron la república; pero acudió el general Lamarmora con tropa y se restableció el orden el 5 de abril, rindiéndose los sublevados. Necesitaban el ejército y el pueblo una víctima expiatoria, y esta fué el aventurero polaco Ramorino, que murió fusilado por sentencia del consejo de guerra. Esta gran catástrofe no desanimó á los patriotas italianos, que comprendian que la sangre derramada por la patria con fé verdadera habia de producir sus frutos mas ó menos

tarde, como escribió aquel mismo año, en 3 de abril, Azeglio: «Es menester rodar hasta el fondo del abismo para ver hasta dónde se llega á parar y para conocer bien la situacion. ¡Entonces volveremos á la carga! mas no seré yo quien recogerá el fruto. No olvidemos que el amor patrio consiste en sacrificarse y no en disfrutar (1).»

Radetzky se dió prisa á hacer la paz, á fin de poder proceder libremente en la Italia central, pero Schwarzenberg insistió en reducir al vencido á una inaccion completa. El único medio de obtener condiciones de paz algo mas llevaderas era complacer al Austria reformando la constitucion



Eduardo Simson.—Copia de una litografía de P. Winterwerl, en 1848

en sentido retrógrado y entrar en la política austriaca, porque un reino constitucional en Italia era una espina clavada en el cuerpo del Austria italiana. Víctor Manuel sin embargo rechazó estas insinuaciones y llamó á la cabeza de su ministerio á Azeglio, herido cerca de Vicenza, y cuyo nombre era suficiente garantía de que el rey del Piamonte aunque vencido sostendría alta la bandera de la libertad italiana. Varias veces estuvieron á punto de romperse las negociaciones, aunque el Austria, para no estirar la cuerda demasiado rebajó la indemnización de guerra que pedia á una tercera parte, á saber, á 75 millones de francos.

Las cámaras piamontesas se negaron á admitir el tratado de paz porque no contenía la amnistía para los fugitivos lombardos; pero como el gobierno imperial se mantuvo sobre este punto inexorable, Azeglio disolvió la cámara de los diputados sin dejarse intimidar por la gritería de los demócratas, y el rey dirigió á la nacion aconsejándola prudencia,

de los cuales el mayor no pasaba de 12 años, sin perdonar á los profesores ni á los criados. Los habitantes que sobrevivieron compraron su vida y los restos de su hacienda con una contribucion de guerra de diez millones de francos. Las mujeres que tomaron parte en la defensa y que sobrevivieron, fueron azotadas sin distincion de clases. (N. del T.)

(1) Rendu, *Correspondance politique d'Azeglio*, 1867.

á lo cual esta respondió eligiendo una cámara que en enero de 1850 aprobó el tratado de paz.

En la jornada de Novara quedó tambien decidida la suerte de Venecia. El 26 del mes de mayo de 1849 se rindió el fuerte de Malghera, despues de un bombardeo horroroso, á las tropas de Haynau; y al saberse la rendicion del ejército húngaro á los rusos en los campos de Vilagos, capituló la ciudad el 22 de agosto, obteniendo condiciones relativamente favorables, pues pudieron salir libremente los jefes de la revolucion (2).

CAPITULO III

LUIS NAPOLEON Y LA RESTAURACION EN ITALIA

Cavaignac habia salvado la sociedad de la anarquía en la sangrienta lucha del mes de junio en las calles de Paris; pero apenas se habian borrado las huellas materiales de la lucha

(2) Se permitió la salida libre á las tropas republicanas y á todo habitante que quisiera marcharse, pero cuarenta individuos, los mas comprometidos, y á estos se refiere el autor, hubieron de salir forzosamente de la ciudad antes de hacer su entrada en ella los austriacos, á cuya cabeza iba el mismo generalísimo Radetzky, en 30 de agosto de 1849. (N. del T.)

á muerte cuando salieron á luz las dificultades que se oponian á la marcha regular de la república y del militar sencillo y recto que tan súbitamente habia llegado al puesto mas elevado de la nacion. Cavaignac, poco ó nada perito en el campo político y en el arte de conocer á los hombres, carecia además de la experiencia y de la vista penetrante del hombre de Estado, que cual piloto experto sigue su curso inmutable en medio de los mayores peligros. Conocedor de la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba, obligado á formarse un criterio propio en multitud de cuestiones trascendentales y á señalar á los demás su respectivo derrotero, en medio de las dificultades que se oponian al restablecimiento de la tranquilidad, del orden y del crédito, los tres pilares de la sociedad, derribados por la república, empezó á dominarle una inquietud creciente, causada por la observacion amarga de que apartado el peligro, los mismos partidos que tan generosamente le habian elevado y aclamado se le mostraban ora frios y reservados, ora hostiles, y de que la concordia admirable de la asamblea constituyente y del poder ejecutivo habia sido solamente obra de la necesidad del momento y cesó con el peligro.

El haber sacado Cavaignac sus ministros, con excepcion del presidente Senard, de Lamoricière y Goudchaux, del bando de la fraccion del *National* le puso en una situacion falsa respecto de los demás partidos. En la asamblea nacional contaba la izquierda republicana mayor número de votos que la derecha monárquica; pero en cambio formaba una parte de estos votos el grupo radical, que segun el caso seguia su política propia é independiente. Por otro lado, la derecha contaba con el club de la calle de Poitiers, que constaba de 300 socios concurrentes, entre ellos muchos diputados distinguidísimos, tenia una influencia notable en la asamblea y en todo el país y en dias de lucha formaban sus miembros una masa perfectamente disciplinada y compacta. La cabeza de este grupo importante era Thiers, que con su elasticidad especial habia sido el primero de su partido en adaptarse á las nuevas circunstancias. Su fuerza consistia en que afectaba no tener mas ambicion, sin por esto renegar de sus tendencias monárquicas, que la de volver á levantar los altares del buen criterio y de la tradicion. Cuanto mas lamentables eran los errores de la república, tanto mas ánimo cobraban las tendencias monárquicas en aras de las cuales Cavaignac tuvo que sacrificar á su ministro de Instruccion pública Carnot, y poco faltó para que sacrificase tambien á Goudchaux, por no haberse separado bastante de los extravíos económicos del gobierno provisional. De muy buena gana la izquierda habria descargado sobre los hombros del partido reaccionario la responsabilidad de las disposiciones indispensables para el restablecimiento del orden, como la represion de la prensa y de los clubs; la traslacion de los obreros sin trabajo á los puntos de Argelia que debian colonizar y otras; pero la derecha fué bastante hábil para dejar este trabajo y el odio que engendraba á la izquierda (1). La república se encontraba tan comprometida por sus alianzas democráticas,

(1) M. du Camp relató en la *Revue des deux Mondes* de noviembre de 1882, págs. 155 y siguientes, como testigo presencial, los errores cometidos por el gobierno en esta colonizacion por medio de obreros sin trabajo. El Estado pagó de los cincuenta millones votados la traslacion de los obreros y los socorros fijados para los primeros años. En el año 1848 debian establecerse 12,000 obreros; pero este número subió á 14,248. La partida se efectuó con mucho aparato; mas á medida que los colonos se iban alejando de Paris, se fué haciendo el viaje mas humildemente y á la llegada la desilusion fué completa. De las cuarenta y dos aldeas que debian recibir á los colonos, solo existian los nombres sonoros; allí no habia nada preparado para su recepcion, y sin embargo, se habian ya gastado cinco millones de francos mas de las sumas asignadas para aquel año y el siguiente. A esto se agregó la

que deseaba de todas veras deshacerse de ellas, á cuyo fin Cavaignac y Senard propusieron el nombramiento de una comision que estudiara las causas que habian producido las últimas insurrecciones; y á propuesta de ellos la asamblea nacional, despues de debates agitadosísimos, dió autorizacion para perseguir judicialmente á Causidière y Luis Blanc con motivo del 15 de mayo. Estos, sin embargo, se habian evitado el disgusto de la formacion de causa huyendo á tiempo, y el resultado de la informacion parlamentaria sobre la revolucion de febrero, sus causas, su marcha y sus prohombres, no fué muy favorable á estos últimos ni á su partido, porque esta revolucion tan glorificada resultó ser obra de la casualidad, y los cuatro meses de gobierno provisional un período de anarquía no interrumpida, «un caos de ruines ambiciones grandes y de hombres pequeños,» en el cual bajo una trabajosa apariencia de union y de concordia, se movian todos impulsados por la envidia mas miserable y trabajando cada uno para la caida del otro.

Cavaignac no se disimulaba el peligro ni se equivocaba respecto del lado de donde habia de venir; y decidido á cumplir con su deber defendiendo la república moderada, pidió á la asamblea antes de entrar en la discusion de la futura constitucion, que se le autorizara para prolongar el estado de sitio y suprimir todo periódico que se hiciera merecedor de este castigo. Estas medidas mas iban dirigidas contra el partido de la extrema derecha que contra los de la izquierda, y así lo dijo claramente cuando justificó la proposicion en la cámara en estos términos: «Es mi deber mostrarme enemigo irreconciliable de cuantos miran la república como una cosa mala ó insuficiente. Toda persona que no quiera la república es enemiga nuestra, enemiga hasta la muerte.» Con esta declaracion perdió Cavaignac para siempre las simpatías de la derecha de la cámara, la cual obligó al gobierno á desistir de enviar á los departamentos comisarios para fomentar y completar la educacion republicana del pueblo francés. Con este último objeto se celebró en 22 de setiembre el aniversario de la primera república; pero los discursos incendiarios á que dió lugar produjeron el efecto contrario, y si alguna ilusion se conservaba respecto de la opinion del país á favor del régimen republicano moderado, la destruyeron las quince segundas elecciones del 17 de setiembre que dieron trece diputados monárquicos y los dos demócratas de las elecciones primeras y esto á pesar de las deportaciones. Los republicanos moderados no sacaron ninguno.

Cuando la asamblea constituyente, á los cuatro meses de estar reunida, llegó á poner mano el 5 de setiembre en la elaboracion de la constitucion para organizar definitivamente la república, habian pasado ya el entusiasmo y la fe en esta forma de gobierno. Los franceses no podian renunciar á su ilusion de que el remedio contra todos los males de su país se habia de hallar en la constitucion mas adecuada á sus circunstancias que iba á empezarse á discutir. Por desgracia, el proyecto preparado para que sirviera de base de discusion no era mas que una mezcla informe de reminiscencias de la época de la convencion, del parlamentarismo monárquico y de la constitucion de los Estados Unidos, sin ninguna mira política ni idea original, si bien, en cambio, no faltaban frases sonoras y promesas seductoras de los muchos bienes que esta constitucion procuraria á la nacion, como rebaja de contribuciones, aumento de la instruccion y del bienestar, movimiento libre y el consiguiente poderoso impulso en la via del progreso. Por otra parte, los frutos que hasta entonces

ineptitud de los parisienses para los trabajos agrícolas. Muy paulatinamente y á fuerza de gastos desproporcionados, se logró dar alguna vida á estos establecimientos.

había dado la república no autorizaban de ninguna manera esperanzas tan halagüeñas, y á falta de otro beneficio era ya mucho que la asamblea no admitiera en la lista de los derechos innatos é inalienables del hombre, el del trabajo y otros derechos socialistas que Ledru-Rollin y Cremieux se empeñaban en consignar en la nueva constitución. Esta se basaba en la soberanía del pueblo, la cual debía ejercerse: 1.º por medio de una asamblea legislativa compuesta de setecientos cincuenta delegados elegidos por tres años; 2.º por un presidente elegido por cuatro años y que no podía ser reelegido sino despues de un intervalo de otra presidencia, y 3.º por una magistratura inamovible cuyos individuos debían ser nombrados por el presidente. El derecho electoral era general y se extendía hasta á los criados y soldados; la votación debía hacerse por circunscripciones. La asamblea de los delegados de la nación era permanente y única, pues que en virtud de la igualdad política de todos, no era admisible la división de la representación nacional en dos cámaras. La nueva constitución prohibía la instalación de tribunales extraordinarios, excepto para juzgar á los miembros de la asamblea, y al presidente y los ministros que fuesen acusados por la misma asamblea de traición, en cuyo caso debía nombrarse un tribunal especial para entender y fallar en estas causas. Para las revisiones de la constitución se disponía que se eligiera expresamente una asamblea especial que debía reunirse en el término de tres meses despues de decretada la necesidad de la reforma. El punto de la elección del presidente originó grandes divergencias; los unos querían que fuese elegido directamente por la nación, y los otros que lo fuese por la asamblea nacional. De esta última opinión eran casi todos los diputados republicanos, porque sabían ya que la inmensa mayoría de los franceses no eran fanáticos por la república y que se había disipado también el entusiasmo que había inspirado el sufragio universal. Por la misma razón la derecha de la cámara insistió en que se hiciese directamente por la nación la elección del encargado del poder ejecutivo, segura de que la nación rechazaría los candidatos republicanos. Hubo algunos perspicaces que expusieron con razón el peligro que engendraría la elección del presidente hecha directamente por el pueblo, porque á la menor divergencia entre este elegido del pueblo y la asamblea, es decir, entre el poder ejecutivo y el legislativo, ambos producto del sufragio nacional directo, la ventaja había de ser para el presidente, á cuya elección había concurrido todo el país, mientras la asamblea era una colectividad que representaba el país, pero cuyos miembros eran como tales solamente el producto de elecciones de distritos. Para evitar esta clase de dificultades se propusieron algunas disposiciones preventivas; Grevy propuso agregar el cargo del poder ejecutivo al presidente del consejo de ministros que sería nombrado por la asamblea nacional de la cual fuese mandatario ó apoderado; otros querían que el encargado del poder ejecutivo fuese elegido solo por esta vez por la asamblea, y sus sucesores por el sufragio directo; pero Lamartine, quizá impulsado por alguna ambición personal, consiguió que la asamblea adoptara desde luego la elección directa por la nación por seiscientos veintisiete votos contra ciento treinta.

El 4 de noviembre fué votada la constitución, pero la pompa con que se proclamó en la plaza de la Concordia no pudo ni hacer desaparecer ni disimular ya los peligros que rodeaban y acechaban á la república por todos lados. Antes de comenzarse la redacción de la constitución había puesto su futura existencia en gravísimo peligro una sublevación sangrientísima, y antes de nacer señalaba ya la opinión pública á aquel que la había de rasgar. Los derechos que concedía al presidente habían de servir de arma contra los mismos

autores de este pacto en manos de aquel que se sabía era de necesidad su enemigo mortal.

Durante bastante tiempo la opinión pública designó como único candidato á la presidencia á Cavaignac, hasta que la elección de Luis Napoleón en cinco distritos en las segundas elecciones del 17 de setiembre hizo palidecer la estrella del general republicano. Decidióse Napoleón por el distrito de París; se estrenó en la asamblea el 26 del mismo mes con un discurso muy digno sin reticencias misteriosas, y en la sesión del 11 de octubre la asamblea anuló sin debate la proscripción de la familia Bonaparte. En general poco ó ningún caso se hizo entonces del nuevo diputado, que personalmente tampoco nada de notable ofrecía fuera de su nombre, ni en su físico ni en su conducta discreta; pero si él se mantenía mudo y prudente, no le imitaban sus partidarios, que con extraordinaria actividad enviaban agentes para recorrer todo el país y hacer propaganda napoleónica en las clases del pueblo bajo, mientras muchos periódicos la hacían entre las clases medias y altas, valiéndose para ello, como conocedores de los flacos y puntos vulnerables de sus adversarios, de todos los medios, hasta los más ruines, de desacreditarles en la opinión pública. A quien más inquietó la presencia en Francia del diputado taciturno, de rostro ajado por los excesos, de color cetrino y mirada velada, fué á los hombres de *Le National*, que cometieron la imprudencia de obligarle á salir de su siniestra reserva y de darle el esperado motivo de hablar de sí mismo sin haberlo buscado. El citado periódico le atacó por su constante ausencia de las sesiones, llamando la atención hácia sus pretensiones y hácia la agitación que se producía á favor y en nombre suyo. A este artículo contestó el príncipe al día siguiente diciendo entre otras cosas: «¿De qué se me acusa? ¿De las simpatías del pueblo que le inclinan á obligarme á aceptar una candidatura que no he buscado? Yo acepto, es verdad, esta candidatura que me honra, porque habiendo salido tres veces de las urnas en otras tantas elecciones, y habiendo decretado la asamblea unánimemente la anulación de la proscripción de mi familia, me han dado el derecho de creer que la Francia cree que el nombre que llevo puede ser útil para conservar la sociedad conmovida en sus cimientos y para el robustecimiento y la salud de la república. Lo que más falta hace al país es un gobierno firme é inteligente que más se proponga curar los males de la sociedad que vengarlos; un gobierno que se ponga francamente á la cabeza de las ideas verdaderas para de este modo rechazar, mil veces mejor que con las bayonetas, las teorías falsas que no se basan en la razón y la experiencia.»

Esta contestación dió al conspirador de Estrasburgo y de Boulogne la fama de defensor del orden y de la autoridad á la faz de la Francia y de toda la Europa, y sin haberlo buscado, en apariencia por lo menos, había llegado de un solo golpe á ser, por su nombre y su oportuna exposición de principios, el candidato más aceptado para la presidencia. Cuando el príncipe dirigió su manifiesto á los electores en 29 de noviembre, prometió rebaja de impuestos, paz exterior, libertad de enseñanza, amnistía, supresión de proscripciones, mejora de la situación de la clase de sargentos y de los veteranos, reconciliación de los partidos, restablecimiento del crédito y fomento del trabajo; pero no fueron estas promesas las que hicieron el milagro de atraerle los votos de la inmensa mayoría de la nación sino el nombre de Napoleón que ilusionó al pueblo francés, cuando la gran masa ignorante y enemiga de revoluciones, hastiada ya de república, pudo aprovechar su nuevo derecho de sufragio para imponer su voluntad en la persona del sobrino del héroe nacional, domador de la revolución, creador de una

Francia nueva y de una gloria nacional imperecedera. Cundió el contagio, y como otras veces, dejóse arrastrar la nación del movimiento general sin exceptuar la derecha de la cámara.

El círculo político de la calle de Poitiers había vacilado mucho tiempo antes de decidirse por ningún candidato; Molé había propuesto para la presidencia á Bugeaud y á Thiers, porque con cualquiera de estos dos, decía, podemos arrojar la república al Sena; pero Thiers rechazó este honor y se empeñó en que Bugeaud hiciese lo mismo, para no dar lugar á debilitar la votación con divisiones y que saliera de las urnas Ledru-Rollin, que muy erróneamente era considerado el competidor más peligroso de Luis Napoleón. En vista de esto, decidióse aquel grupo influyente por Cavaignac, á condición de que se comprometiera á cerrar los clubs para siempre, á mantener en vigor los decretos del mes de junio, á tener en París permanentemente 50,000 hombres de tropa, y respecto de la política extranjera, á no reconocer el poder central alemán, á apoyar la política piemontesa y á dejarse de propagandas republicanas en Turin, Alejandría y Génova. La contestación de Cavaignac, á quien el círculo comunicó su resolución, fué evasiva, lo cual no gustó al círculo, que entonces entró en tratos sobre las mismas bases con el príncipe Napoleón. Con este hubo también divergencias y más de una vez estuvieron á punto de romperse las negociaciones, pero finalmente se decidieron por él como un mal menor los partidarios del grupo (1).

El partido ultramontano se dejó ganar más fácilmente que Thiers y sus amigos para la candidatura del príncipe, porque este desde luego y sin vacilaciones, prometió lo que le pidieron los prohombres del partido, Falloux y Montalembert, que era la libertad de la Iglesia y de la enseñanza.

De esta manera se pasaron á la candidatura de Luis Napoleón con armas y bagajes las tres fracciones del gran partido conservador: los legitimistas, los orleanistas y los clericales, pensando cada fracción hacer su negocio y creyendo cada uno de los partidos elegir en Luis Napoleón un simple testafierro, completamente inofensivo.

La inminencia de la ruina del poder temporal del papado interesaba demasiado directamente á los franceses para que los programas de los dos candidatos pasaran este punto sin manifestar su opinión sobre él. Cavaignac que al principio no había dado importancia á la solicitud de auxilio del papa y le había contestado negativamente, comprendió despues que la protección del sumo pontífice había de darle mucho crédito, por lo cual ordenó el embarque de 3,500 hombres para Civitavecchia y ofreció al papa la hospitalidad francesa; pero sobrevino la huida de Pío IX á Gaeta y esta fuga hizo inútiles ambas disposiciones. Luis Napoleón escribió una carta destinada á ser publicada, como lo fué, en la cual con su talento especial de expresarse terminantemente en apariencia, y en realidad de no obligarse á nada, se declaró á favor de la protección del papa, pero diciendo que no convenía fijar la ma-

(1) El caballero Thom, representante del Austria en París, escribió en 2 de diciembre de 1848 al ministro Schwarzenberg: «Respecto de las consecuencias que podrá ejercer sobre el porvenir de Francia la presidencia del uno ó del otro, se resumen, en cuanto es permitido hacer el horóscopo de un conjunto de cosas tan vasto y tan sujeto á contingencias, en que con Luis Bonaparte la república concluirá muy luego y con Cavaignac podrá alargarse su existencia, sin que por esto pueda resistir mucho tiempo á los elementos de destrucción que lleva en su seno.» Helfert, tomo IV, apéndice pág. 19.

Thiers en una carta dirigida á F. Boutet, con fecha 3 de diciembre, se expresó en estos términos: «El motivo que nos ha hecho rechazar al general Cavaignac está en sus relaciones con el grupo de *Le National*, que es una minoría inepta, desorganizadora y antipática á la Francia. Luis Napoleón ofrecerá á lo menos la ventaja de librarnos de este grupo, etc.» Pierre, tomo I, pág. 522.

nera de protegerle ni hasta qué límite. Esta última reserva inquietó al clero; pero pronto le tranquilizó Luis Napoleón con otra carta dirigida al nuncio, en la cual repudió á su democrático primo, el príncipe de Canino, y se declaró francamente partidario del poder temporal del papado.

El día 10 de diciembre fué el fijado para la emisión del sufragio en todo el país. La nación toda tomó una parte muy viva en este acto, y el resultado fué el siguiente:

Luis Napoleón obtuvo	5,434,226	votos
Cavaignac	1,448,107	»
Ledru-Rollin	370,119	»
Raspail	36,920	»
Lamartine	17,910	»
Changarnier	4,790	»

Las papeletas con diversos nombres y los votos anulados fueron: 12,600 »

Es decir que Napoleón obtuvo tres millones y medio de votos más que todos sus competidores juntos. Él era, pues, el que la Francia quería, y por el mismo acto irrefutable había manifestado el país solemnemente que no quería ni la república roja ni el socialismo, al mismo tiempo que había dado á Lamartine, su niño mimado, una lección tan dura por sus lisonjas á los republicanos y socialistas, que el gran poeta desapareció para siempre de la escena política.

El 20 de diciembre el nuevo presidente inauguró su administración; á su juramento prescrito por la constitución que había abolido todos los demás juramentos de funcionarios del Estado, añadió Luis Napoleón de su cosecha: «Mi deber está trazado, y lo cumpliré como hombre de honor. Veré un enemigo de la patria en todo individuo que trate de alterar por vías ilegales lo que la Francia ha hecho. ¡Ciudadanos representantes, tenemos una misión muy grande, la de fundar una república en interés de todos!... Seamos hombres del país y no de un partido. Con la ayuda de Dios haremos cosas buenas, si no hacemos cosas grandes.»

Al bajar de la tribuna dirigióse el nuevo presidente á Cavaignac y le alargó la mano, que este tomó con frialdad.

«Falta saber, dijo entonces Tocqueville á lord Normanby, si son los republicanos ó es la república lo que el país no quiere.»

Atribuyéndose la derecha de la asamblea el mérito de haber hecho inclinar la balanza á favor de Napoleón, eligió este de entre ella sus principales ministros. Thiers declinó el honor de entrar en el ministerio, pero ayudó á su formación. Odilon Barrot, el jefe de la izquierda dinástica y ministro en las postrimerías de la monarquía orleanista, aceptó la presidencia del primer ministerio de Luis Napoleón, en el cual figuró solo un republicano, que fué Bixio. De los parciales del príncipe entró Drouyn de l'Huys con la cartera de Negocios extranjeros, y de los clericales Falloux con la de Instrucción pública, como muestra de agradecimiento. El ministerio era, pues, de fusión, monárquico, á excepción de un solo ministro; amalgama monstruosa de principios opuestos, que de ningún modo podía durar. En efecto, á los pocos días de su existencia surgió un conflicto con el presidente que en virtud de ser responsable ante la asamblea quería gobernar, mientras los ministros querían que solo reinase, y que ellos, responsables también, pero ante el presidente, gobernarán como en una monarquía constitucional. La culpa de este conflicto era de la constitución, que hacía responsable al presidente de sus actos propios y de los de sus ministros, y esta contradicción se puso de manifiesto con un motivo asaz tenue. El presidente pidió al ministro de lo Interior, Leon de Maleville, las actas de su intenciona de Boulogne, según se dice para divertirse con el papel que en este asunto había hecho Thiers. El ministro no accedió á dárselas y hubo de